

Demetrio, príncipe adornado de las dotes mas brillantes, que habia cultivado con la amistad de Arato, y hombre de ánimo esforzado, elocuente y conocedor del arte de hacerse amar de sus súbditos. Encontró á la Macedonia reanimada por una larga paz, y colocada ya á la cabeza de la Grecia desde la alianza de Antígono con los Aqueos y la victoria de Selasia. La guerra que estalló entre las dos confederaciones aquea y etolia á causa de las correrías de los Etolios en el territorio de Mesene, cuya defensa tomaron los Aqueos, le presentó una ocasion de manifestar su prudencia y su fuerza. Conociendo los Aqueos que Arato dirigia mal su empresa, recurrieron á Filipo, que tenia á sus órdenes á los Acarnanios, los Epirotas, los Ilirios, y los Mesenios, miéntras que estaban á favor de los enemigos Esparta y los Eleos, mandados por Escopa. Entró Filipo en la Etolia, y estos en la Macedonia, devastando cada cual el territorio de su enemigo y no perdonando ni aun á los templos.

Los progresos de Filipo fueron detenidos por las intrigas de los tres ministros Apéles, Megaléas y Leoncio, deseosos de rebajar á Arato, á cuyos consejos debia tanto el rey. Mas descubiertas sus intrigas, les condenó Filipo á muerte, y al fin pudo dictar las condiciones de la paz, entre cuyas ventajas la principal para Macedonia fué volver á ser potencia marítima preponderante.

Pero contra el creciente poder de Filipo se preparaba una tempestad en Italia, á la cual tiempo es ya de que volvamos la vista.

CAPÍTULO V

Magna Grecia.

Dejamos á Roma cuando despues de medio siglo de guerra habia subyugado á sus mas obstinados enemigos, los Samnitas: por lo cual se encontró frente á frente con la Magna Grecia y la Sicilia. Las colonias tan florecientes de este país habian decaido algo desde la guerra con los Lucanios y con Dionisio el Mayor; Posidonia habia recibido colonos extraños; tambien las demas se habian reforzado con forasteros; y á fuerza de perder gente habian quedado limitadas al recinto de sus murallas. Devastábanlas en el interior las disensiones civiles que las hacian pasar de una desenfrenada demagogia á una atroz tiranía. Dedicadas al comercio y entregadas al lujo, confiaban gustosas su defensa á mercenarios, los cuales ofrecian un medio de dominar al que tuviera dinero para comprarlos. Agatócles, hijo de un alfarero, recogido en la calle y educado con infames costumbres, llegó con su auxilio, como hemos visto, á tiranizar á Siracusa, y dominó por la fuerza, hasta que la fuerza lo derribó.

Habian aspirado tambien los mercenarios á tener posesiones y establecimientos fijos; los Mamertinos de la Campania ocuparon á Mesina;

Decio Jubelio, Campanio, invadió el territorio de Reggio, y tanto este como aquellos difundian el terror entre los Cartagineses, los Romanos y los naturales del país.

Tarento florecia entre las repúblicas de la Magna Grecia, y á mediados del siglo V contaba un ejército de veinte mil infantes y dos mil caballos. Muertos los nobles en la guerra contra los Mesapios, prevaleció la democracia, y eran admitidos en la ciudad, no solo los Griegos sino tambien los indígenas; de modo que contenia muchos elementos italianos que la aproximaban mas á la Italia que á la Magna Grecia. Tenia una marina poderosa y fábricas y tintorerías de paños, industria que tanto favorece á la poblacion: y Arquitas, célebre pitagórico, nos muestra á qué grado de saber habia llegado. Quizá por rivalidades de conciudadanos, como Venecia, no se valia sino de soldados extranjeros, y tenia á su servicio hasta príncipes. Arquidamas II de Esparta, hijo de Agésilao y padre de Agis, que habia salido de su patria por no contemplar su humillacion, estuvo al servicio de los Tarentinos y pereció con los suyos, peleando contra los Lucanios el día de la batalla de Queronea; si bien la historia aduladora dice que fué castigado por la Providencia por haber auxiliado á los Focenses violadores del templo, esto es, á los únicos que protegían la independencia de Grecia contra los Macedonios. Alejandro, rey del Epiro y cuñado de Filipo de Macedonia, deseoso de rivalizar con su sobrino, y tal vez de crearse un reino propio, aceptó el sueldo de los Tarentinos, hasta que estos, recelosos de él, lo despidieron. Alejandro entonces queriendo atormentarlos con la guerra, se unió con los Romanos: alianza deshonrosa para estos, porque no fué sugerida por el peligro, y porque se hizo contra los que tomaban las armas, no por ambicion, sino por la independencia de su patria.

Existian ya, por tanto, desavenencias entre Roma y los Tarentinos, cuando estos se quejaron de que los Romanos habian violado un antiguo tratado navegando mas allá del cabo de Juno Lacinia, y apresaron sus naves. Los embajadores romanos enviados á reclamar contra esta captura fueron recibidos con ultrajes, y el pueblo les manchó las togas. *Estas manchas serán lavadas con sangre*, exclamó un embajador. Se declaró la guerra, y los Tarentinos tomaron á su servicio á Pirro, rey del Epiro.

Pirro, yerno de Agatócles, ambicionaba seguir sus huellas, y arrojado de Macedonia como hemos visto, aspiraba á formarse un buen reino en la Magna Grecia ó en las costas de África. Su impetuoso valor estaba moderado por el Tesalio Cinéas, discípulo de Demóstenes, único que habia quedado digno de su gran maestro, y orador tan elocuente que Pirro confesaba que debia mas ciudades á su palabra que á su misma espada. Cuando el rey le expuso sus proyectos sobre Italia, le dijo Cinéas: *Los Romanos son muy belicosos; pero si los dioses*

nos conceden la victoria, ¿qué ventajas obtendremos? Ya no habrá, le contestó Pirro, ninguna ciudad, bárbara ni griega, que se nos oponga, y será nuestra toda la Italia. Cinéas añadió: *Conquistada ya la Italia, ¿qué haremos? — Sicilia, isla rica por su situacion y sus habitantes, está á dos pasos; y es fácil hacerse dueños de ella, agitada como se encuentra desde la muerte de Agatócles, y gobernada por oradores que adulan al pueblo. — Bien, ¿y nos detendremos en ella? preguntó de nuevo Cinéas; No, le dijo Pirro: ¿quién nos impedirá pasar á África y á Cartago? Y apoderados de ellas, ¿qué enemigo de los que ahora nos desafían podrá oponerse á nosotros? — Ninguno ciertamente; y recobrarémos la Macedonia y serémos dueños de la Grecia. Pero conseguido esto, ¿qué haremos? — Entonces, respondió Pirro sonriéndose, entonces nos entregaremos á un dulce reposo, querido Cinéas, entre banquetes y diversiones.* Cinéas que lo esperaba en este punto, le dijo: *¿Y qué te impide empezar desde hoy esos felices tiempos? ¿No tienes ya lo necesario sin fatigas ni sangre, ni tantos males (1)?*

Pero la ambicion no se rinde á las razones tan fácilmente, y al llamamiento de los Tarentinos acudió Pirro con un ejército. Un ciudadano, al parecer embriagado, coronado todavía de rosas marchitas, y acompañado de una instrumentista, se presentó á los Tarentinos reunidos en asamblea. *¡Ah! Meton, canta y alegranos, le dicen estos. — Si, respondió, cantemos y toquemos miéntras tengamos tiempo; porque otra cosa tendremos que hacer cuando venga Pirro.*

En efecto, apenas llegó el rey, hizo cerrar los teatros y gimnasios, y mandó que nadie saliera de la ciudad, bajo pena de muerte. Al principio venció en Heraclea á los Romanos, asustados por los bueyes de Lucania, como llamaron á los elefantes que no habian visto hasta entonces; pero respondió á los que le felicitaron: *Otra victoria como esta y somos perdidos.*

Auxiliado por los Samnitas los Lucanios y los Mesapios, llegó hasta Preneste, y desde las alturas contempló á Roma, aquella Roma cuya grandeza era capaz de conocer. Al ver los cadáveres de los que habian perecido en la batalla, exclamó: *Conquistaria el mundo, si yo tuviese por soldados á los Romanos, ó los Romanos me tuvieran á mí por general.* Propuso la paz por medio de Cinéas, el cual no perdió tan oportuna ocasion de conocer las admirables leyes de la

(1) Plutarco en la vida de Pirro. Otra conclusion sacó uno de aquellos sencillos filósofos que se llaman santos. Saliendo alegremente Felipe Neri á recibir á un sacerdote que iba á Roma para entrar en la prelatura y que con el énfasis de la esperanza le decia que podría llegar á ser camarero, y luego secretario y luego protonotario... ¿Y despues? le preguntó el santo. — *Despues podrá llegar á ser monsenor.* — ¿Y despues? — *Despues el capelo verde podrá cambiarse en rojo.* — ¿Y despues? — *Despues, se han visto muchas casualidades, y el que ha llegado á ser una cosa puede llegar á ser otra.* — ¿Queréis decir á la tiara? Y despues? preguntó el santo: y dudando el otro en contestarle, añadió: Y despues; morir!

gran ciudad: y ya se inclinaban á la paz los Romanos movidos por su elocuencia y sus razones, cuando se presentó Apio Claudio en aquella asamblea, que el embajador comparaba con un consejo de reyes.

Este antiguo censor, déspota en su familia como un patriarca, habia repartido la plebe entre todas las tribus, para aumentar su influencia, y habia admitido tambien á los libertos en el Senado. Primeramente solo los descendientes de un tal Poticio, indígena, sacrificaban en el altar de Hércules, á semejanza de las familias que hemos visto en Grecia privilegiadas en cualquier culto; pero Apio obligó á los Poticios á traspasar sus funciones á los esclavos del pueblo romano, haciéndose así comun el sacerdocio, que hasta entonces habia sido privilegio de los nobles. Dijose que la ira de los dioses habia hecho perecer á todos los Poticios en un año y cegado á Apio; pero una vez derribadas las barreras ya no se levantan; y la nobleza odió en vano al severo censor, que se immortalizó construyendo un acueducto de ochenta estadios de largo, y abriendo el magnifico camino de Roma á Capua de mil estadios de longitud, monumento que despues de veinte siglos atestigua aun la grandeza de aquella ciudad, y que parecia significar la union de Italia con su metrópoli. Este se presentó en la asamblea acompañado de sus cuatro hijos que habian sido cónsules, y dictó esta respuesta para Pirro: *Si quiere la paz, que salga primero de Italia.*

Los elefantes habian cesado ya de causar espanto á los Romanos, que con dardos inflamados (1) los hicieron volver su furia sobre el ejército de Pirro, lo desordenaron y vencieron. Fabricio, enviado para tratar del canje ó rescate de los prisioneros, admiró á Pirro con su integridad. Habiendo sabido este que era muy respetado en su patria, y que estaba muy pobre, le dió una gran cantidad de dinero y él la rehusó: al día siguiente trató de asustarlo con un elefante, y no obteniendo efecto alguno su extratagema, exclamó: *Mas fácil es separar al sol de su carrera que á Fabricio de su integridad.* Oyendo el Romano en la cena exponer á Cinéas la filosofia de Epicuro, y que sus sectarios creían que los dioses no se cuidaban de las acciones humanas y vivian alejados de los negocios públicos y en una deliciosa holganza, exclamó: *¡Oh Dios, haz que Pirro y los Samnitas sigan esta doctrina miéntras estén en guerra con nosotros.*

Pirro deseaba cada vez mas atraerlo á su partido, y lo exhortaba á ajustar la paz y á venirse despues con él; á lo que respondia Fabricio: *No seria esto bueno para ti; porque los que ahora te honran, cuando me conociesen, querrian mejor ser gobernados por mí que por ti (2).*

(1) ELIANO, *Historia varia*, I, 38, dice que para espantar á los elefantes les presentaron cerdos.

(2) Los narradores de estos hechos han perecido; no quedándonos mas que el argumento de las Décadas de T. Livio, algun

Apio Claudio.

Pirro dió libertad á doscientos prisioneros sin rescate alguno, y permitió á los demas que fuesen á Roma á visitar á sus parientes, con tal que Fabricio prometiese que volverian. Los prisioneros restituidos fueron declarados infantes, los caballeros reducidos á peones, los infantes á honderos, y se les castigó con pasar las noches fuera del campo sin reparos ni trincheras hasta que hubieran despojado á dos enemigos cada uno. Fabricio mismo anunció á Pirro que su médico le habia propuesto envenenarlo (1); y admirado de tal generosidad el Epirota puso fin á las hostilidades; consagró en el templo de Tarento parte de los despojos, sin avergonzarse de declararse vencido (2); y dos años y cuatro meses despues de haber desembarcado en Tarento, volvió á embarcarse con caballos, elefantes y soldados, y pasó á Sicilia con sesenta naves siracusanas.

278. Llamado allí para oponerse á los Cartagineses, los arrojó de la isla, y acogido con los brazos abiertos por las ciudades y los tiranuelos, hubiera podido crearse un reino, si el inútil sitio del Lilibeo, último refugio de los Africanos, no hubiese echado por tierra sus designios, y desanimado á los Sicilianos que le hicieron traicion. Allí robó cuanto pudo, y llamado con urgencia por los Tarentinos que no podian resistir mas á los Romanos, volvió á la Magna Grecia.

275. Pero su tripulacion habia sido reclutada por fuerza, y los marineros, conociendo que estaban destinados á ser víctimas para librar de la escuadra púnica los barcos de transporte que conducian el botín, se dejaron vencer por los Cartagineses. Entónces fueron echadas á pique sesenta naves, y sólo doce llegaron á Reggio. Pirro, reducido á gran miseria, robó el tesoro de Proserpina en Lóris, pero arrepentido lo devolvió; y finalmente derrotado, volvió á Grecia sin haber conseguido fruto alguno de esta expedicion.

Habian continuado entretanto los Romanos la guerra contra los Lucanos; y cuando al fin la subyugaron, impusieron la pena de destierro á los prisioneros, se llevaron á Roma la legion de la Campania que se habia rebelado, y mutilaron ó mataron á cuatro mil de sus individuos, á cincuenta por dia, sin exequias ni luto (3). Roma habia sujetado ya á toda la Italia: combatiendo con los fieros Sannitas habia mejorado su táctica; habiase acostumbrado con Pirro á no temer á los extranjeros y á utilizarse de la táctica macedonia: y al mismo tiempo que

extracto de Dionisio, Diodoro, Apiano, y ademas la Vida de Plutarco.

(1) Tambien Fox en 1806 reveló á Napoleon una pretendida conjuracion contra su vida, y aunque los dos partidos supieron que era una invencion, valió para entrar en negociaciones y concluir la guerra.

(2) Orosio nos ha conservado estos dos versos que hizo escribir Pirro en los trofeos:

QUI ANTE HAC INVICTI FUERE VIRI, PATER OPTIME OLYMPI,
HOS EGO IN PUGNA VICI, VICTUSQUE SUM AB ISDEM.

Deben de haber sido traducidos del griego, pero en una época muy antigua.

(3) T. Livio, XXXVIII, 28.

se unia con pueblos lejanos, empezaba á poner en práctica aquella política suya de encadenar á los vencidos al carro del vencedor.

Al abandonar Pirro la Sicilia exclamó: *¡Qué hermoso campo de batalla dejó á los Romanos y á los Cartagineses!* Preveía hábilmente que aquellas dos potencias que se habian engrandecido, debian chocar mas adelante y hacerse la guerra. La lucha próxima á estallar entre estas naciones nos conduce á la costa de África, á observar pueblos engrandecidos hacia mucho tiempo, y que entran ahora á representar un gran papel en el drama de la humanidad. Porque en las guerras púnicas no se trataba solamente de decidir cuál de las dos ciudades triunfaria, ó de si la victoria haria decir fe púnica ó romana, sino de cuál de las dos razas habia de dominar al mundo, la semítica ó la indo-germánica.

CAPÍTULO VI

África. — Cartago.

El África es el continente que ofrece mas variedad. Principia en nuestra zona templada; pasa bajo la línea equinoccial casi con la misma anchura, y termina en punta en la zona templada meridional. Vasta península de figura de corazon, cuenta cinco mil quinientas millas de larga y cinco mil de ancha, la riegan poquissimos rios y carece de mares mediterráneos, de golfos y casi de radas que permitan penetrar en su gran masa terrestre, que no está rodeada de islas, y tiene en su centro un desierto como la mitad de Europa. Se adelanta hacia las demas partes del mundo en el Cabo Sierra, en el Mediterráneo, en el Cabo Verde al Occidente del lado de América; en el Guardafuy por Levante, y en el de Buena-Esperanza en el hemisferio meridional: la separa de Europa el estrecho de Gibraltar; de la Arabia el de Bah-el-Mandeb, y la une con el Asia el arenoso istmo de Suez. Estos puntos y la costa fueron conocidos y frecuentados por los antiguos; lo demas permanecia desconocido. Los reinos florecientes de Meroe y de Egipto se remontan á los primeros tiempos de la historia humana, y hanse descubierto en recientes viajes vestigios de civilizacion donde ni aun se sospechaba que los hubiese. En tiempo de los Tolomeos fué recorrido el interior de África para procurarse elefantes, animales que habian llegado á ser importantísimos en la guerra; y posteriormente los Romanos llevaron sus conquistas hasta el país de los Garamantas.

La historia ha limitado sus tradiciones á la parte septentrional, esto es, á la pendiente que desde las cumbres del elevado Atlas (*Daran*), descende por un lado en escalones hasta el Mediterráneo, y por el otro hasta el desierto de Zahara; espaciosa isla limitada por el mar y por un desierto de arena, y separada por un pequeño estrecho de otra isla ménos vasta y mas llana, donde se levantaba Cirene.

Herodoto dividia el Africa en tres partes: Libia Habitada, Libia Salvaje y Libia Desierta, que los modernos llaman Berberia, Biledulgerid y Zahara; la Nigricia, el Sudan y lo restante de África las comprendia bajo el nombre genérico de Etiopia. Á la Libia Habitada pertenecian la Mauritania, la Numidia, el territorio de Cartago, la Cirenaica y la Marmárica, que forman hoy la parte septentrional de los Estados de Marruecos, Argel, Túnez, Trípoli y Barca; países fértiles y poblados, exceptuando algunas llanuras arenosas en la costa de Trípoli y al Oriente de Barca, que eran recorridas antiguamente por tribus errantes. Mas allá de esta region, bajo el 30° paralelo Norte, atraviesan el África las montañas del Atlas. Las fieras que habitan la parte occidental y los dátiles que produce en gran abundancia la han dado su nombre antiguo así como el nuevo (1). Está limitada por el Zahara, desierto que rodea el África desde la costa Occidental hasta el Egipto, y despues al otro lado del Mar Rojo atraviesa la Arabia y las provincias meridionales de Persia hasta lo interior de la India Septentrional. Este desierto, árido y arenoso, abrasado por el sol que cae perpendicularmente sobre él, está interrumpido en algunos sitios por islas de verdor regadas y cultivadas; porque en ningun país se ve como en África la mas triste aridez al lado de la vegetacion mas vigorosa.

Herodoto, filósofo viajero, no penetró en el África, sino que estando en Egipto se informó cuidadosamente de los habitantes de Libia acerca de sus respectivos países, y así pudo trazar una descripcion que los descubrimientos modernos van presentando como muy aproximada á la verdad. El Nilo, dice, ademas de su curso por el Egipto, tiene cuatro meses de navegacion y de camino por países conocidos. Mas allá el país está desierto á causa del calor. Los Cireneos refieren que habiendo ido á consultar al oráculo de Ammon, habian hablado con Etearco, rey de los Ammonitas, y este les habia dicho como una vez habian llegado á su país unos Nasamones, pueblo libio que habita un corto espacio del país que está al Oriente de la Sirte, y le refirieron que ciertos jóvenes al llegar á la mayor edad, entre otras varias locuras, idearon echar suertes para que cinco de ellos fuesen á reconocer los desiertos de Libia y hallar alguna cosa que no hubiesen visto. Porque el espacio de Libia hacia el Mar Boreal, desde el Egipto hasta el promontorio Soloes, está habitado enteramente por los Libios y sus naciones, excepto lo que pertenece á los Griegos y Fenicios; pero en la parte superior mas allá de las costas y de los pueblos que viven á la orilla del mar, está ocupada la Libia por las fieras, y mas allá de las fieras no hay mas que llanuras arenosas, una aridez horrible y por todas partes un desierto. Emprendieron, pues, su viaje aquellos

(1) BILEDULGERID, país de dátiles. Fué llamado tambien por los antiguos *Getulia*, y por los modernos *Fezan*.

jóvenes bien provistos de agua y de viveres, y habiendo atravesado primero las tierras habitadas, llegaron al país de las fieras, del cual pasaron al desierto viajando contra el viento; y despues de haber andado mucho terreno arenoso, descubrieron al fin árboles que vegetaban en la llanura. Acercáronse á ellos, gustaron sus frutos, y mientras esto hacian, llegaron hombres de ménos que mediana estatura que se los llevaron consigo. Pero ni los Nasamones entendian su lengua, ni aquellos hombres de los Nasamones. Condujéronlos por medio de grandes pantanos á una ciudad en que todos eran de igual estatura que sus guias y de color negro. Al lado de la ciudad corria hacia el Oriente un gran rio en que aparecian cocodrilos. Etearco añadia, segun decian los Cireneos, que habian vuelto los Nasamones, y que los hombres que habian visto eran todos hechiceros. En cuanto al rio que corria por aquella ciudad, presumió Etearco que era el Nilo, lo que parece creible (1).

(1) *Euterpe*, § 32. En otro sitio nos conduce Herodoto al través de los desiertos de África. « Mas allá de los que habitan el litoral entre los Libios nómadas está la Libia que ocupan las fieras, y despues de esta se encuentra una faja de arena que se extiende desde Tébas de Egipto hasta las Columnas de Hércules. En esta zona, y de diez en diez jornadas poco mas ó ménos, se encuentran grandes canteras de sal en las colinas, y en la cumbre de todas estas brota de en medio de la sal una agua fresca y dulce; alrededor habitan hombres, los últimos que hay hacia el desierto mas allá de la region de las fieras. Los Ammonitas, que son los primeros á diez jornadas de Tébas, tienen un templo con ritos á imitacion del que los Tebanos han dedicado á Júpiter en figura de carnero. Hay en el sitio que estos habitan una fuente, que arroja por la mañana el agua templada, cuando el pueblo acude al mercado mas fria, y á medio dia excesivamente fria, y entónces riega las huertas; cuando declina el dia pierde su frialdad, hasta que puesto el sol sale otra vez templada, y sigue brotando cada vez mas caliente hasta la media noche, que sale hirviendo: despues vuelve á enfriarse hasta la aurora. Llámase *fuentes del sol*. Despues de los Ammonitas, siguiendo la faja de arena á otras diez jornadas de camino, hay una colina de sal como la de los Ammonitas con otro manantial: este canton está habitado; llámase *Augila* y á él van los Nasamones á coger dátiles en el otoño. Á otras diez jornadas de Augila se encuentra otra colina de sal con agua y muchas palmeras con fruto, como en los otros parajes de que se acaba de hablar. Habitan este país los Garamantas, nacion muy numerosa, que echan tierra sobre la sal y siembran en ella. Un corto camino de treinta jornadas conduce al territorio habitado por los Lotófagos; y en el país inmediato nacen tambien bueyes que pacen andando hacia atras, porque tienen los cuernos vueltos hacia delante, y no podrian paecer avanzando sin clavarios primero en la tierra (*). Los Garamantas alcanzan con las cuadrigas á los Trogloditas etiopeas, que son los que corren mas velozmente entre los hombres. Estos se alimentan de culebras, lagartijas y otros reptiles del mismo género, y hablan una lengua no parecida á ninguna otra, pues chillan como los murciélagos. Diez jornadas mas allá de los Garamantas hay otra colina de sal con una fuente, y alrededor viven hombres que se llaman *Atarantas*. A diferencia de todos los países de que tenemos conocimiento, en este todos juntos se denominan *Atarantas*, pero ninguno de ellos tiene nombre particular. Cuando el sol está en lo mas elevado, le dirigen maldiciones y toda clase de vituperios, porque con su ardor quema á los hombres y á la tierra. Diez jornadas mas allá hay otra colina, con agua y hombres alrededor, la cual confina con el monte Atlas. Este monte es estrecho y redondo por todas partes, y dícese que es tan alto que no abandonan su cima las nubes en verano ni en invierno; los naturales creen que es la columna del cielo. De este monte han tomado el nombre los habitantes y se llaman *Atlantes*; y

(*) La traduccion de Larcher dice, y esto parece lo mas exacto: « Desde el país de los Garamantas hasta el de los Lotófagos es corto el camino; pero hay treinta jornadas desde los Lotófagos á aquel otro país donde se ve esa especie de bueyes, » etc.

(N. del T.)